

su camada, es decir, las seis u ocho familias hipócritas, intrigantes, analfabetas, ladinas, rápida y muy sospechosamente zenriquecidas? que en el pueblo existen, y toda esa otra cáfila abigarrada de frescos y arribistas que van a pescar a río revuelto. Los primeros, «los pudientes» que ya procuran ser unos sostén de otros, ponen cada uno especial cuidado en hacer ver al colega el inmenso favor que los demás le hacen, para de este modo obligarle a que no les cobre o les cobre poco: ¡unos infelices! Los otros, claro está que no llevan más misión que la de no pagar, y como es consiguiente no le pagan. ¡Aquí sí que cabe decir que es una clientela de «pronóstico»! También es verdad que a tal médico, tal clientela.

¿Qué han conseguido este cacique captando a un médico y este médico secundando al cacique? Veamos las consecuencias empezando por los autores. El Médico, llega un día en que se percata del engaño de que ha sido víctima y empieza a perder ilusiones y a ejercer de cualquier modo, procurando salir del paso y viendo el modo de engañar también a quien pueda; el cacique va convenciéndose de que el médico es muy malo y va pensando el modo de sustituirlo; los lacayos del cacique, siguen únicamente aprovechándose del Galeno, son unos cucos que saben que muchos enfermos se curan sólo y les da igual que el médico sea más o menos ma-

lo, la cuestión es aprovecharse de él; y los otros, los frescos, como muchos le deben ya y no piensan pagarle esperan solamente que venga otro médico a quien poder dar el golpe ya que este pobre hombre ha empezado a conocerlos; empieza también a escamarse y no se convence ya con aduaciones ni palabras, necesita dinero.

Estos sinvergüenzas, esta lacra social, debe su origen y su sostenimiento únicamente a la funesta unión del Médico esquirol y el cacique. Sin este mal compañero y sin este inmundo reptil, su existencia sería imposible, ya que no teniendo un iluso que los visitase, no les quedaría más recurso que morir o entrar por el aro abonando al médico sus servicios profesionales.

Conocíamos ya, aunque muy a la ligera, este vergonzoso estado social, pero el triste caso de la madre del compañero fallecido nos ha dado ocasión de conocer al detalle estas vergüenzas profesionales. Aquel pobre paisano y compañero inexperto, víctima del caciquismo como ya tenemos demostrado, para hacer clientela, tuvo que cargar con todo lo que se le presentaba, presentándosele como es consiguiente, en cantidad respetable, la inmundicia, el cieno, el bajo fondo social, enviado la mayor parte por los caciques para hacer bulto y sin preocuparse del mucho o poco perjuicio que al pobre médico irrogaban con la aportación de tan «distinguida» clientela.

Al referirnos ahora la pobre madre que le adeudaban una respetable cantidad y tratar nosotros de poner en práctica el eficazísimo procedimiento, para facilitarle el cobro, de no visitar a ninguno que con aquel compañero tuviera cuenta pendiente, sin tener ésta previamente liquidada con dicha señora, nos hemos convencido de que este pensamiento nuestro no pasa de ser una quimérica ilusión de nuestra mente. ¡Que no visitaremos a ninguno! Naturalmente que no! Como que no vendrán. Hemos repasado las listas, y hemos visto que, salvo raras excepciones, dichos respetables clientes son de los de la «cáscara amarga».

¡Magnífica clientela! Ahora bien, que si no hubiera esquirolés caciquil, ¿que hicieran el primo, estos frescos entrarían por el aro. ¡No habrían de entrar! O morirían de asco.

Sentimos, pues, nuestro fracaso y lo lamentamos grandemente, no por nosotros que en nada hemos de perjudicarnos puesto que se trata de una clientela de desecho que nunca habíamos de visitar, lo lamentamos por la madre del compañero.

Y lo publicamos para conocimiento de la clase. Este es uno de los varios aspectos en que se patentiza la obra caciquil, si bien sus efectos recaen en gran parte sobre uno de sus autores. Porque arreglado está el Médico que recoja esta herencia. ¡Ha hecho su suerte!

H. DOMINGUEZ.

La culpa tengo yo por tomarme por ti el interés que me tomo... ¡Todos sois iguales! Pues has de saber que, si ese hombre pisa esta casa, te abandonaremos para siempre... No volvemos más, aunque te mueras.

EMILIO. Pero cómo voy a curarme...?

D.^a CAR. Para eso te he traído un médico.

EMILIO. Y si yo no tengo confianza en ese hombre... Ni tú tampoco.

D.^a CAR. Todos los médicos son iguales.

EMILIO. No decías eso antes...

D.^a CAR. ¡Emilio, no me desesperes!... ¡Tendrás valor de recibir en tu casa a ese hombre!... Después de lo ocurrido!

EMILIO. Se trata de mi salud, de mi vida acaso...

D.^a CAR. ¡No hay vida que valga... ¡El hombre que se llevó a tu sobrina, que vive con ella...!

EMILIO. Y que se porta con ella muy bien... que es muy bueno...

D.^a CAR. ¡Pero has olvidado la mancha que echó en la familia! ..

EMILIO. ¡Pero hermana... si la familia estaba ya muy manchada...!

D.^a CAR. (Con desesperación) ¿Qué oigo?... ¡Estás loco!..

EMILIO. Estoy enfermo... Necesito curarme...

D.^a CAR. Pon otros medios!

EMILIO. No los hay... Aquí no los hay...

D.^a CAR. Pues adios. . Adios para siempre...

EMILIO. Respeta mi desgracia...

D.^a CAR. No respeto nada... Adios. (Sale airadamente al Gab.)

EMILIO. ¡Qué fiero!... ¡No respeta nada!... ¡Nos va a matar a todos!

D.^a CAR. (A Judas y Escobón) ¡Vámonos!... ¡Vámonos de esta casa!...

D. JUDAS. ¿Qué dice?

D.^a CAR. Que se obstina en que le visite ese hombre...

ESCOBÓN. Eso no lo podemos consentir.

D. JUDAS. ¿Y qué hacemos?...

D.^a CAR. ¡No lo sé!... ¡Marcharnos!... ¡No volver más!...

D. JUDAS. Eso es dejarles libre el campo, .

ESCOBÓN. Lo mismo digo yo... ¡Y eso no debe ser!...

D. JUDAS. Tú debes insistir, imponerte... Todo menos dejarlos...

ESCOBÓN. Eso quisieran ellos.

D.^a CAR. No sé, no sé qué hacer... ¡Vámonos!... ¡Ya lo pensaremos! .. Yo me vuelvo loco! ..

ESCOBÓN. Pues vámonos y ya pensaremos lo que deba hacerse. (dirigiéndose foro)

D. JUDAS. (ap.) (Hay que impedir que venga Alberlo) (Si le opera él se cura)

D.^a CAR. Vámonos, (Deteniéndose) ¡Yo os juro que ese no lo opera!